

L. CHARLO BREA.
CRÓNICA LATINA DE LOS REYES DE CASTILLA,
MADRID, 1999.

Serafín Bodelón.
Universidad de Oviedo.

No es la primera vez que se ocupa de este tema L. Charlo Brea, quien ha actuado como secretario del Comité organizador de los tres *Congresos Internacionales sobre Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico*, celebrados en Alcañiz, el último de ellos en mayo del año 2000. Con el mismo título publicó esta obra en Cádiz en 1984. Y postuló un segundo autor para la segunda parte de esta Crónica en el artículo titulado “¿Un segundo autor para la última parte de la Crónica Latina de los Reyes de Castilla?” en *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval*, León, 1993, pp. 251-156; y estudió el estilo de Juan obispo de Osma, Canciller de Fernando III y autor de la Crónica, en el trabajo titulado “El Latín del obispo de Osma” en *Actas del II Congreso Hispánico de Latín Medieval*, León, 1997, pp. 351-361.

Por otra parte Luis Charlo Brea nos ofreció el texto latino en la obra *Chronica Hispana saeculi XIII*, Turhnout, 1997, Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis. En este mismo volumen se contienen en realidad tres obras: La *Chronica Latina regum Castellae*, editada por L. Charlo Brea. La *Historia translationis Sancti Isidori*, publicada por J.A. Estévez Sola, así como los *Rithmi de Iulia Romula seu Ispaliensi Urbe*, obra de Guillermo Pérez de la Calzada, en edición a cargo de R. Caranda Herrero. Estas obras se acompañan de un estudio sobre las fuentes, precedentes, influencias, atribuciones, estilo y discusión sobre crítica textual, amén de una bibliografía sucinta sobre cada uno de los temas respectivos a cada obra. También en Turhnout y en la misma fecha de 1997 apareció, en microfichas, una publicación sobre estas tres obras, que recoge la *Enumeratio formarum*, la *Concordantia formarum*, un *Index formarum* y un *Index onomasticus*, que

pueden resultar muy útiles para los estudiosos de cuestiones históricas, lingüísticas o bien de la onomástica.

El presente libro se abre con una *Introducción* del autor, dividida en cuatro secciones:

La I de ellas, titulada “La obra”, contiene a su vez los siguientes apartados:

1- Se estudia el Manuscrito G-1 de la Real Academia de la Historia descubierto por Cirot y del que dio cuenta en *Bulletin Hispanique*, (*BHi*), XIII, 1911, pp. 133 y ss.; se tratan más especialmente los folios 89-122, que contienen la *Chronica Latina regum Castellae*.

2 – Se analiza el contenido de dicho manuscrito, siguiendo la división de Cirot, quien dividió esta Crónica en 75 capítulos. Abarca desde los primeros condes de Castilla, Alfonso VIII, las batallas de Alarcos y de las Navas de Tolosa, y por último los reinados de Enrique I y Fernando III.

3 – Se da cuenta del valor histórico, poniendo de relieve que el autor fue testigo presencial de los hechos; y se analizan los datos ofrecidos, comparándolos con otras obras contemporáneas, tales como el *Chronicon Mundi* de Lucas de Túy, así como con la obra *De rebus Hispaniae* de Jiménez de Rada.

4 – Se habla del valor lingüístico de esta Crónica, destacando que está escrita en “buen latín de escuela”, pero también enfatizando que se trata de un “latín eclesiástico”, como puso de relieve Cabanes, es trata de un latín poco complicado sintácticamente.

5 – Se trata de la transmisión manuscrita, donde se dan noticias sobre la copia del *British Museum*, Egerton 1125 con anotaciones marginales, que corrigen la lectura del códice G-1 de la Real Academia de la Historia de Madrid. Se da cuenta además de las primeras ediciones impresas, la de Cirot, *BHi*, XIV, 1912, que fue la *editio princeps*. El mismo Cirot en *BHi*, XXII, 1920, hace una posterior edición enriquecida con gran afluencia de notas de tipo histórico. Se refiere luego el autor a la edición de Cabanes de Valencia, 1964, a la que siguió otra posterior en 1985, mejorando la anterior. Por fin el autor alude a la única traducción existente, su ya citado libro aparecido en Cádiz en 1984.

6 – Se perfila la estructura de la obra, aludiendo a la división de Cirot en 75 capítulos, organizadas en tres bloques. Pero L. Charlo Brea piensa que, en realidad, la estructura de la obra es otra: “no creemos...que sea acertada la división en capítulos tal como la presenta Cirot”, sostiene el autor. Pero luego no es consecuente, pues su traducción aparece organizada precisamente en 75 capítulos.

La II sección contiene la discusión sobre el autor de la *Chronica regum Castellae*.

Se trata de un castellano viejo buen conocedor de los clásicos. Es un eclesiástico y obispo, para más señas. Es antileonesista y totalmente procastellanista. El autor estuvo en las Navas de Tolosa en julio del 1212 y también asistió al Concilio de Letrán y estuvo presente en el Concilio de Tarazona. Fue el autor un personaje muy vinculado a la familia real de Castilla, pues conoce muchos datos y detalles particulares sobre la casa real y la estirpe regia. Pudo ser el autor tal vez Domingo, obispo de Plasencia, pero lo más probable es que se trate de Juan Domínguez, obispo de Osma. Charlo Brea discute las diversas posiciones, para seguir este último criterio, tras discutir las opiniones de Cirot, Cabanes, Lomax y Julio González.

La sección III discute la “época de composición”. Sostiene el autor que esta Crónica fue escrita en dos etapas; la parte más antigua fue escrita entre 1224 y 1226, según Charlo Brea; y la parte segunda debió ser escrita con posterioridad a 1236, ya que narra hechos acaecidos en esa fecha, como la muerte de Luis VIII de Francia. Ya hemos aludido anteriormente a un artículo de Charlo Brea, en donde sostiene que esta segunda parte de la Crónica salió de la pluma de un autor diferente al de la parte primera. Sigue a continuación una bibliografía sobre la *Chronica regum Castellae*, sucinta y breve, en dos páginas.

Entre las páginas 25-103 se extiende la versión castellana de esta Crónica en límpido estilo y con expresión clara; la versión está organizada en 75 capítulos. Charlo Brea añadió 455 notas a pie de página, dando muestras de la notable erudición y sabiduría que le caracteriza, a veces de sabor histórico, a veces en tono literario, con abundantes paralelismos estilísticos y construcciones similares, ya de los autores clásicos, ora de textos bíblicos o bien patrísticos. Sigue luego un índice de personas, un índice de lugares; por

último aparece un índice de citas, dividido en los aspectos siguientes: Bíblicas, Patrísticas, Clásicas y Litúrgicas. Siguen luego dos cuadros, uno de la dinastía almohade y otro de los reinos cristianos. Por fin cierran el libro dos mapas, uno del territorio castellano-leonés de la época y otro de los dominios de los Capetos. Y un índice general cierra la última página del libro.

No hay nada que objetar a la impecable introducción general ni a la versión castellana, límpida y clara, que aquí se nos ofrece. Algunas observaciones se podrían hacer, no obstante, a lo largo de la marcha general de la obra; pero son siempre observaciones alusivas a las notas. Por ejemplo: en pág. 26, nota 12, se habla de la villa de *Ux*; este topónimo luego no aparece en el “índice de lugares” que se inicia en la página 111 del libro. Creo que se trata de la vieja *Uttaris*, mencionada en el *Itinerario Antonino* y en el *Ravenate*; hoy no existe, ni tampoco ningún topónimo derivado de tal nombre; pero tal villa debió estar en las proximidades de la actual Vega de Valcarce en el confín occidental del Bierzo. *Uttaris* era una *mansio* en la vía romana de Asturica Augusta a Iria Flavia, tres leguas al oeste de Bergidum Flavium.

En pág. 28, nota 28, aparece la amante de Alfonso VI, madre de Teresa, la que dio a luz a Alfonso Enríques, el primer rey de Portugal. La famosa amante se llamaba Jimena Muñoz, según traduce Charlo Brea y añade entre paréntesis “(Nuñez en NHE, VI, XX)”. Por cierto, en el “índice de personas”, que se inserta al final de la obra a partir de la página 107, no aparece el nombre de Jimena. Creo que se trata de Jimena Muñiz; al menos eso pone la lápida con el epitafio fúnebre sobre su tumba en excelentes versos en hexámetros latinos. Muerto el rey, su amante se encerró en el monasterio de Vega de Espinareda; allí murió y allí fue sepultada; sobre su tumba, el epitafio decía, transcribiendo al castellano los versos latinos: “Aquí yace Jimena Muñiz (*Monniz* en el texto latino), que fue amiga del rey Adefonso el sexto, cuyo lecho compartí. Dios nos haya perdonado...”. Si la primera parte de la *Chronica regum Castellae* está escrita entre 1224-26, como postula Charlo Brea, ya había pasado mucho tiempo desde la época de Alfonso VI, el que tomó Toledo en 1085. Es lógico que se equivoque el autor dado su antileonesismo: Alfonso IX, rey de León, no quiso estar en Las Navas de Tolosa. Muñiz es leonés y Muñoz es castellano; Muñiz abunda aún hoy por Asturias y León. Nuñez sería mayor disparate, pues se aleja más

fonéticamente de *Monniz*. Lastimosamente en el siglo XVIII ardió el monasterio de Vega de Espinareda; la comunidad religiosa se marchó a la abadía de San Esteban de Rivas del Sil (Orense), donde estuvo mientras fue reconstruido el monasterio de Vega de Espinareda. Tal reconstrucción reaprovechó los materiales de la anterior fábrica; y así el epitafio de Jimena Muñiz, famosa amante de Alfonso VI, fue a parar, como una piedra más, a la parte superior de la pared occidental del claustro. *Sic transit gloria mundi*. A mediados de los ochenta di parte de ello en un artículo aparecido en el semanario *Aquiana* (Ponferrada, León). En mi última visita a Vega de Espinareda la piedra con el epitafio de Jimena Muñiz ya no estaba en su sitio. A mediados de los noventa fue mi última visita a dicho lugar. Pregunté por tal piedra y me dijeron que se la habían llevado al Museo arqueológico de San Marcos de León. Desde entonces escribo lo menos posible.

En pág. 42, nota 120, se cita el *Castrum Iudeorum*, del que dice el autor, “no hemos podido localizarlo”. Podría tratarse de Puente Castro, en las afueras de León, donde hubo un barrio de los judíos, al decir de Don Justiniano Rodríguez, autor de la obra *Juderías de León*. En pág. 48, nota 167, aparece Cuevas de Garandén; se podría aclarar que se trata del pueblo hoy llamado Carcelén, unas ocho leguas al NE de Albacete. En pág. 88, nota 385, aparece “Alonge”; supongo que debe tratarse de Alange, al sur de Mérida, lugar donde hay importantes baños termales de la época romana. En página 90, línea -cinco, aparece Vilanova, “junto a Sarriá”, el lugar donde murió Alfonso IX, rey de León; debería decir “junto a Sarria (Lugo)”, pues Sarriá está en Barcelona, por donde no anduvo el rey leonés.